

35 Una vida, UNA NOVELA

GLENN FORD

SE REVELA
EN "GILDA"

— * —

UN CONTRATO
PARA HACER SOLO
"TIPOS DUROS"

— * —

SU MATRIMONIO
CON LA ACTRIZ
ELEONOR POWELL



¡De próxima aparición!

LANA TURNER.—La estrella eternamente enamorada, tuvo una infancia pobre y difícil, agravada por la tragedia del asesinato de su padre. Su original e inesperado descubrimiento para el cine y el escándalo originado por su «swelter», le dan fama y riqueza, pero ella ha buscado siempre la felicidad a través del amor, casándose cinco veces —dos de ellas con el mismo hombre—, y pasando por breves idilios con astros tan relevantes como Tyrone Power y Fernando Lamas.



LORETTA YOUNG.—Esta encantadora estrella que vemos todavía en papeles de muchacha, es nada menos que «la actriz veterana más joven» de Hollywood. A pesar de que continúa siendo una chica encantadora, comenzó a trabajar para la pantalla en los ya lejanos tiempos del cine mudo. Su vida es una larga experiencia cinematográfica, con un divorcio en su juventud y un segundo matrimonio que será probablemente el definitivo.



¡Están a la venta!

JOSEPH COTTEN.—Hijo de un oficial de correos, sintió muy pronto el ansia de ser actor. El camino era difícil y lleno de obstáculos, por lo que, aun en contra de su voluntad, tuvo que convertirse en fracasado comerciante y en agente de publicidad. Poco a poco, fue introduciéndose en el mundo de la escena, escalando incansablemente el encumbrado lugar que ahora ocupa. Es un hombre feliz al lado de Leonore Kip, su primera y única esposa.

UNA VIDA, UNA NOVELA

GLENN FORD

- ♦ Tuvo que abandonar su casa para hacerse actor.
- ♦ Camarero en un bar de tercera categoría.
- ♦ Sus bofetones a Rita Hayworth le hicieron famoso.

Volumen n.º 35
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 20. SUSAN HAYWARD |
| 2. JOHN WAYNE | 21. ROBERT TAYLOR |
| 3. HEDY LAMARR | 22. RITA HAYWORTH |
| 4. ERROL FLYNN | 23. TYRONE POWER |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 24. JUDY GARLAND |
| 6. MARILYN MONROE | 25. KIRK DOUGLAS |
| 7. GARY COOPER | 26. AUDREY HEPBURN |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 9. ROCK HUDSON | 28. JOAN CRAWFORD |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 29. RAF VALLONE |
| 11. CLARK GABLE | 30. INGRID BERGMAN |
| 12. LESLIE CARON | 31. JAMES STEWART |
| 13. GREGORY PECK | 32. BETTY HUTTON |
| 14. GRACE KELLY | 33. JOSEPH COTTEN |
| 15. FRANK SINATRA | 34. LORETTA YOUNG |
| 16. SILVANA MANGANO | 35. GLENN FORD |
| 17. VAN JOHNSON | DE PROXIMA APARICION |
| 18. AVA GARDNER | 36. LANA TURNER |
| 19. ALAN LADD | |

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

CURSO medio del San Lorenzo,*Quebec; ciudad amplia y serena, en Canadá; frontera con Estados Unidos.

En la ciudad de Quebec, cuando el San Lorenzo discurre tranquilo y sosegado, en un primer amanecer de mayo del año 1916, nace Gwyllyn Samuel Newton, hijo de Newton Ford, uno de los principales dirigentes de una compañía de ferrocarriles, y de Ana, su esposa.

El pequeño Gwyllyn, al comenzar a descubrir el mundo en que había nacido, comprendió que poseía tres cosas importantes: la fábrica de su padre, un gran molino, y un tío ex ministro, Sir John Mac Donal, que había sido ministro del Canadá. Entre los ascendientes del niño, se encontraba también un presidente de los Estados Unidos de América.

El chiquillo se sentía orgulloso de sus tres tesoros por igual. No comprendía muy bien el significado de la fábrica pero sí que sus padres y hermanos hablaban con interés de aquel edificio. A veces el señor Newton llevaba allí a sus hijos y los obreros sonreían a su paso. En el molino transcurrían las horas para Gwyllyn sin que apenas advirtiera otra cosa que el ir y volver de la rueda y el afán del hombre que cerraba y abría los grandes sacos incansablemente; como si en aquel trabajo se centrara la vida entera de aquel molinero corpulento que sonreía abiertamente ante las mil preguntas del pequeño.

—Quisiera ser mayor para ayudarte, Red —decía Gwyllyn extasiado cuando le veía echar el trigo en la rueda que giraba y rodaba siempre.

—Cuando seas mayor tu padre te enviará a estu-

diar. ¿Qué miras Gwyllyn? —preguntó al ver los ojos claros del niño fijos en lo alto del molino.

—¿Los castillos de los cuentos son como nuestro molino? —interrogó él a su vez.

—Pues... verás —intentaba explicarse algo azorado el corpulento Red—. En realidad son un poco más grandes y más altos.

—¡Pero nuestro molino es enorme! —protestaba convencido.

—Sí... pero... Los castillos son diferentes... —argumentaba el molinero.

—Bueno. Hoy diré a tío John que me enseñe uno. El tiene un álbum de fotografías de cuando era ministro. ¿Las has visto, Red?

—No, chiquillo; yo sólo veo las ruedas del molino movidas por el viento.

—¡Oh! Diré a tío John que venga a enseñártelo. Es muy bonito.

—Tu tío fue un gran ministro, Gwyllyn, no le digas que venga.

—El siempre me cuenta cosas de cuando era ministro. Cuando sea mayor seré primer ministro, como tío John.

Red reía divertido ante el entusiasmo del pequeño.

—Bueno, creí que tus afanes de ser mayor estaban basados en prestarme tu valiosa ayuda en el molino.

—¡Oh, sí! Seré ministro y vendré a caballo hasta aquí; entonces entraré en el molino y te ayudaré a vaciar los sacos —replicó ilusionado.

—¿No quieres renunciar a nada, eh? —dijo el molinero, sentándose junto al muchacho y encendiendo su pipa.

Realmente, al pequeño Gwyllyn le era difícil renunciar a lo que se proponía; y sin embargo, aquellos proyectos infantiles al son de las aspas del molino, tuvieron poca realidad. El niño soñaba caballos, uniformes, ministros y sacos de harina. Su infancia tenía estos sueños por las historias que le contaban su tío Sir John Mac Donald, y Red Tapson, el mozo corpulento que cuidaba del molino; no tenía más mundo que aquél de las afueras de Québec, con el río San Lorenzo al fondo, entre la llanura, al que llegaba cabalgando el poney que sus padres le regalaron en su sexto cumpleaños.

Al cumplir los ocho años cambió el marco de su infancia y se trasladó con sus padres a Santa Mónica, en las tierras cálidas de California. Santa Mónica era una pequeña ciudad muy próxima a Hollywood, la meta de los actores americanos, pero Gwyllyn desconocía Hollywood y toda su corte estelar. Sus padres decidieron enviarle a la «High School»; se acabó el montar a caballo y el jugar en la playa, había que estudiar.

A Gwyllyn su nueva vida no le desagradó y pronto se destacó en la interpretación de piezas escolares. Dos años más tarde era el encargado de organizar las fiestas del colegio. Al muchacho este papel de organizador le gustaba, de un modo especial cuando se trataba de preparar obras teatrales que había de montar para las festividades solemnes. Dos años después era considerado por todos los profesores y alumnos de la gran escuela como el primero de los actores. En casa, mientras sus padres

y sus hermanos se dedicaban a sus ocupaciones habituales, él leía novelas, ensayaba obras teatrales y se preocupaba de buscar revistas y periódicos que hicieran comentarios de teatro. A los quince años el muchacho tenía ya dos grandes pasiones: el teatro y los deportes. Poco a poco el actor se impone entre todos sus pensamientos, y a los dieciocho años, cuando recibe el diploma de fin de sus estudios no duda ni un instante sobre el camino a seguir: está firmemente decidido: será actor. El señor Newton Ford no parecía de acuerdo con los planes de su hijo.

—El ser actor no te reportará más que disgustos y a nosotros también. Debes seguir los estudios y hacerte ingeniero, hijo; sabes que es mi ilusión, lo he deseado desde que naciste.

—Pero yo no quiero ser ingeniero, papá. Siento ocasionarte este disgusto, porque estoy dispuesto a ser actor.

Ante la seriedad y firmeza del hijo, el señor Newton se inquietó y el enojo hizo presa de él; la madre callaba angustiada porque conocía a los dos hombres y sabía que ambos poseían un carácter autoritario y seguro de sí mismo.

—Si lo haces contra mi deseo, me desentiendo de ti, Gwyllyn —dijo con voz ronca el señor Newton—. Que quede claro que soy tu padre y mi responsabilidad sobre ti me impulsa a prohibirte ser actor. Si tu decisión es irrevocable será a pesar mío; por mi parte te prohibo terminantemente ingresar en una compañía de aficionados. Y de hoy en adelante se han terminado las revistas, las novelas y los periódicos; no quiero verte más libros en las manos que los de estudios.

—Está bien, padre. Siento que no estemos de acuerdo, por ti y por mí, pero decidiré yo solo; espero que algún día comprendas mi resolución, ahora sería absurdo el intentarlo. Buenas noches —dijo seriamente, y al pasar junto a su madre la saludó con un gesto cariñoso, y dijo, procurando dulcificar su expresión ante la cara angustiada de la señora Newton: —Que descanses, mamá.

Se dirigió hacia su habitación. El padre se levantó y miró a su hijo; apagó la luz de la sala de estar y sólo quedó la habitación iluminada por la claridad que proyectaba la puerta entreabierta de Gwyllyn.

—¿Me comunicarás tus planes? —interrogó el padre lentamente.

—Lo haré —contestó el muchacho con tristeza.

—Espero que reflexiones antes de hacerlo. Buenas noches.

Gwyllyn mantuvo todavía abierta la puerta durante unos instantes, hasta que su padre desapareció de aquel espacio. Después cerró la puerta, se puso el pijama y quedó pensativo. Estaba decidido a seguir adelante en sus aspiraciones artísticas y el hacer concesiones a su padre no sería más que un retraso y entorpecimiento de sus proyectos.

A la mañana siguiente abandonó su hogar y marchó a Nueva York. No contaba con otro dinero para ingresar en la Escuela de Arte Dramático que el que le reportase un trabajo cualquiera.

La ciudad de los rascacielos se le mostró difícil y desalentadora. No podía encontrar trabajo, y vagando por las calles neoyorquinas, el muchacho descubrió que las cosas que se desean no se dan nunca por nada, es preciso sacrificarse por conse-

guirlo. Fueron unos días de prueba en los que paso hambre y privaciones. Había momentos en que flaqueaba su ánimo y entonces se disponía a regresar a la casa de sus padres. Por último, sin un céntimo en los bolsillos, descubrió en el periódico un anuncio solicitando un camarero en una dirección próxima a la avenida en que él se encontraba.

—No debe ser una mina —se dijo—, pero es mi última oportunidad.

El bar tenía un aspecto sencillo y el dueño se lo confirmó sin rodeos:

—Bueno, muchacho, ya ves que éste es un bar de poca categoría, pero mis clientes son para mí lo mismo que si fuesen los del Waldorf Astoria, por lo tanto, te concedo la plaza con la condición de que te muevas y trabajes con entusiasmo; si es así, todo irá bien.

Para que todo fuera bien Gwyllyn tenía que trabajar de la mañana a la noche incansablemente; lavar platos, fregar el mostrador, servir con rapidez y acostarse cuando ya apuntaba el nuevo día. Allí se curtió en el trabajo y aprendió a pensar con sensatez. A veces, cuando se acostaba todavía permanecía despierto unos minutos y entonces recordaba la conversación sostenida con su padre, sus deseos de triunfar. Comprendió que el camino al que aspiraba estaba lleno de dificultades y desprovisto de estímulos.

El dueño del bar no se extrañó demasiado cuando una mañana le vio aparecer con aquel gesto peculiar de hombre taciturno, y manifestar que no iba a trabajar más allí.

—Lo siento, muchacho, me gustaba tu forma de trabajar, pero imaginaba que esta situación no

duraría mucho; no has nacido para esto y el estar en el bar no te servía de nada.

—No lo crea, Sam, ha sido bueno para mí pasar por este establecimiento; tenía muchas ilusiones y ahora sé mejor lo que valen las cosas y lo que cuesta ganar un dólar.

—¿A dónde piensas dirigirte?

—A Chicago; mis planes no son posibles en Nueva York. Quería haber estudiado arte dramático, pero me faltaban horas para servir cervezas. Ahora tengo que enfocar mi carrera desde otro ángulo.

—No creo ser el más indicado en aconsejarte, pero soy de los que siempre han creído que hay dos formas de triunfar: estudiando y trabajando; si tú no has podido estudiar en la Escuela de Arte Dramático, puedes ingresar en una compañía y trabajar de firme en el teatro, así es posible que también consigas tus propósitos, ¿no crees?

—Sí, lo creo; si no lo creyera tendría que regresar con mis padres —contestó con una sonrisa amarga Gwyllyn.

* * *

En Chicago consiguió un trabajo de dependiente en unos grandes almacenes y comenzó a ambientarse en un círculo más próximo al teatro. Conoció gente de teatro y también la misera vida de la mayor parte de ellos. Todas sus ilusiones parecieron derrumbarse, aquella vida no era como él imaginara; no era solamente luchar por conseguirlo, sino que después todo continuaba de la misma forma; eran muchos los que tenían vocación y muy pocos los afortunados, los que conseguirían el éxito

plenamente. Entró a formar parte de una compañía de profesionales, en 1935. Llevaba una recomendación para el productor teatral Herman Schumlin, que le dio una pequeña parte en la obra «The Childrens Hour», con la que no obtuvo precisamente un éxito a causa de su natural inexperiencia. Después pasó a otra compañía de Santa Bárbara, en la que adquirió el suficiente entrenamiento y desempeño que le faltaba para convertirse en un buen actor, demostrándolo después en compañía del actor Francis Lederer, en la obra «Golden Boy».

Así llega para él el descubrimiento de Hollywood. En los Estudios, el aspecto pueblerino y tímido del aspirante a actor desconcertó a sus descubridores y decidieron hacerle un test de observación. Le habían buscado por el éxito de su interpretación de Miguel Rakovsky en la obra de Elmer Rice «Judgment Day», que había llegado a oídos de Hollywood. Los descubridores de talentos acudieron inmediatamente en su busca a Santa Mónica y le propusieron una visita a los Estudios de la Fox. Ahora que le tenían allí observaban decepcionados que era un muchacho de aspecto tímido y pueblerino. A Gwyllyn Newton no le gustó el cariz que tomaba la espera; las películas no llegaban y ni una sola palabra hacía entrever un desenlace optimista. Se decidió otra vez por el teatro y consiguió el arribo a los escenarios de Broadway después de definirse como verdadero actor. Ya no es un advenedizo y las actuaciones por otras ciudades son un triunfo continuo.

Entre dos jiras, Gwyllyn pasa unos días en Nueva York. Se siente solo y algo deprimido, recuerda su primer viaje a la ciudad; no sabe a dónde diri-

girse y finalmente, sus ojos se detienen ante unos letreros centelleantes de luces verdes y rojas de un famoso teatro de revistas. Anuncian a la primera estrella, «Eleanor Powell en la obra «Al Home Abroad».

Ocupa una butaca de la quinta fila, el espectáculo acaba de empezar. La música va ascendiendo y la trompeta y la batería entran en un instante de delirio en que es imposible hacer otra cosa que seguir el ritmo mentalmente o tener la mirada atenta en los solistas. Luego un fundido y en el centro del escenario un gran disco iluminado, y como una escultura, una estatua que surgiese de pronto, una espléndida mujer vestida de negro. El actor mira fascinado: la mujer esbelta, de cabello rubio y largo, de boca grande y bien dibujada que sonríe mostrando unos dientes blanquísimos. Eleanor Powell trepidante, comienza a deslizarse por la escena, sus pasos de claqué tienen absorto de admiración a Gwyllyn; la bailarina se anima en la danza a medida que sube de tono la música; es una danza optimista, llena de vitalidad, ella, en el centro del escenario, semeja una llama clara y espíndente; luego la música calla y sólo se escucha el ritmo ligero y alegre que imprime a los pies de un lado para otro, y por último, otra vez la música en un fortísimo y el girar alucinado de la mujer. Al terminar, el público aplaude delirante. Gwyllyn también lo hace casi con furia; le gusta aquel entusiasmo que ella ha demostrado en la escena, su mirada cálida y su sonrisa franca.

En el entreacto encuentra a un agente de seguros amigo de él.

—¿Qué te parece Eleanor Powell? —le pregunta el agente.

—Es una obra de arte con un movimiento vertiginoso. Una magnífica bailarina —asiente convencido.

—Y una maravillosa mujer.

—Me gustaría conocerla, nunca vi nada que me impresionase tanto.

—Es la sensación de Nueva York, Gwyllyn.

—Siento de veras marcharme mañana. Volvería a verla. Parece una llama de fuego que surgiese del mar.

—Puedo presentártela, si tanto interés tienes por conocerla —insinúa el amigo.

—¡Oh! Ahora mismo, Ted —exclama, como impulsado por un resorte.

—¡Bien! Sígueme.

Atraviesan pasillos y se cruzan con las muchachas de conjunto. Ted se dirige a una puerta que tiene el nombre de la bailarina en un marco en forma de estrella: «Eleanor Powell»; se detiene sin hacer el menor gesto de llamar.

—¿La conoces mucho? —pregunta impaciente Gwyllyn.

—No he hablado nunca con ella, pero te he visto tan entusiasmado...

—Entonces creo que es mejor que te vayas, esperar a la puerta también sé hacerlo solo —dice sonriente el joven actor.

—¡Suerte, Newton! La victoria es de los audaces —termina Ted.

El pasillo se queda en silencio unos instantes. Ted ha desaparecido. Glenn espera paciente la salida de la bailarina. Ahora llega hasta él la me-

lodia de un fox lento que estaba de moda en aquel año 1940; debe haber comenzado otra vez el espectáculo. Detrás de la puerta, una voz de mujer sigue la música con un tarareo. Unos minutos de espera; se han sucedido tres motivos musicales distintos; y por último, la puerta blanca se abre y aparece en el marco la silueta ya conocida de Eleanor Powell, con un elegante traje de color malva.

—¡Hola! —dice él, al advertir la sorpresa concertada de la bailarina.

—¡Hola! —contesta ella, con una sonrisa divertida ante la cara y el gesto tímido de él.

—Su actuación es magnífica, he venido para decirselo.

—Muchas gracias. Ahora tengo que salir otra vez a escena.

—¿No tiene unos minutos siquiera? Quería conocerla...

—Bien, ya lo ha conseguido —dice ella, y hace intención de seguir adelante.

—¡Espere! —la detiene él impulsivamente.

Eleanor mira con curiosidad al actor. Es un hombre joven que en aquellos momentos tiene cara de asustado. Sin embargo, la sonrisa amable de él casi la protege. No puede pensar en un desaprensivo, basta con mirarle allí, frente a ella, como dos estudiantes a la salida de la universidad. Sigue un silencio que él no se atreve a romper y, finalmente, dice:

—Por favor, ¿puedo esperarla cuando termine el espectáculo? Admiro su forma de bailar. Yo también soy actor. Mañana tengo que marchar a Nueva York. Mi nombre es Gwyllyn Newton. ¿Amigos? —le tiende la mano.

—Amigos — contesta ella sonriente—. Y ahora voy a salir a escena. Algún día volveremos a encontrarnos.

Acompaña a la bailarina hasta el escenario y luego se dirige de nuevo a su butaca. Los ojos interrogadores de Ted se vuelven hacia él desde la segunda fila. Gwyllyn asiente satisfecho.

—Es maravillosa, Ted — dice al terminar «Al Home Aroad».

—¿Volverás a verla?

—Algún día.

—Te felicito. Tienes éxito con las mujeres.

* * *

Se suceden unos meses; Gwyllyn sigue en la compañía dramática. En un descanso lee una revista y, de pronto, aparece otra vez ante su vista la imagen retratada de la inolvidable bailarina: «Eleanor Powell en una escena de la película que rueda actualmente, y que promete ser uno de sus más grandes triunfos». Recuerda complacido a su fugaz amiga: su silueta estilizada, sus piernas perfectamente dibujadas. Sonríe con nostalgia sin apartar la vista de la fotografía y evoca de nuevo aquella noche en que la vio actuar. Ahora se la ha llevado Hollywood a su mundo de celuloide; él desearía llegar hasta allí, conocer más profundamente a Eleanor, pero aquél es un camino difícil. Se lo propone con interés y días después marcha a Hollywood con su humilde bagaje de actor dramático. Llama a la puerta pequeña que se abre para él. Ni él mismo sabe qué es lo que desea del cine, ni si está en condiciones de ofrecerle lo que le pide. Recuerda que allí le hi-

cieron una ficha y le sometieron a unas preguntas, hace ya tiempo.

Le estudian otra vez con detenimiento, no les convence el físico del muchacho, es algo desconcertante: una mirada muy joven, nariz pequeña, labios firmes y ceño fruncido.

—Usted no es guapo, muchacho — dice un productor de la Columbia.

—Tiene tipo de atleta — afirma otro de los entendidos.

—Creo sinceramente que mientras no haga las pruebas será difícil opinar, ¿no es así? — pregunta con una mezcla de timidez y mal humor el actor.

Se hacen las pruebas y se decide que debe cambiar su nombre. El mismo escoge uno menos complicado: Glenn Ford, donde se encontraba la fábrica de su padre: Glenford. Así se permitía usar sus iniciales y su verdadero nombre de familia. Su primera película es «Haven With a Berber Wire Fence». La Fox le acepta como extra, pero la oportunidad se presenta en seguida. Esta es el film «Texas», junto a Claire Trevor en el que se revela como galán de grandes posibilidades.

Glenn firma contrato con la Columbia y se siente más seguro de sí mismo, ya ve más cerca la realización de sus proyectos artísticos.

Y mientras, en Hollywood continúa Eleanor Powell y a él no se le ha presentado la oportunidad de volver a encontrarla.

Por la calle se encuentra a Pat O'Brien, su mejor amigo de los Estudios. Va a empezar el rodaje de un nuevo film con él, «Flight Lieutenant».

—Glenn, acompáñame a dar una vuelta. Quiero hablar contigo.

—¿De qué se trata?

—Ahora ya tienes en tu poder ese contrato al que tanto aspirabas. ¿No has pensado en emprender una nueva vida?

—¿A qué clase de vida te refieres, Pat? —pregunta sonriente.

—A la vida del matrimonio. Tienes que casarte.

—¡Ah! Debía suponer el alcance de tu pregunta. ¿Cuándo vas a dejar de ser una oficina matrimonial?

—En cuanto consiga casarte a ti.

—No comprendo tu interés por casarme. ¿Quieres perderme de vista de ese modo?

—Quiero verte feliz. Tú no eres un hombre al que gustan las fiestas y los flirts. Eres una persona seria, el ideal de las muchachas casaderas.

—Pero no he encontrado a esa muchacha casadera que sea el ideal de un hombre serio.

—¡Ah! No te preocupes —dice rápido O'Brien con un guiño—. Yo te la encontraré en seguida. ¿Medidas? ¿Talla? ¿Color de los ojos? ¿Rubia o morena?

—Basta, Pat. No te embales de esa forma —contesta Ford—. El que tengo que casarme soy yo, ¿no es así?

—Pero, ¿es posible que no hayas encontrado todavía a la mujer ideal?

—En parte... —contesta en voz baja.

—¿Anda cerca esa parte?

—Quieres saber demasiado, Pat.

—Somos amigos, ¿no es eso? Vamos Glenn, dímelo.

—Está bien: me gustan las mujeres altas, delgadas, rubias, de ojos claros, boca grande y que por añadidura sepan bailar claqué.

—Tomo nota mental de tus gustos. No me será difícil casarte. Con una fiestecita lo arreglaré.

—Muy ingenioso. Debes creerte que tengo dieciocho años —contesta malhumorado Glenn.

—Vamos, hombre, no te enfades. Has nacido para casado y estás perdiendo el tiempo.

—Voy a dejarte, Pat. Puedes ir tú solo de paseo; no quiero que me convenzas.

—¿Alguna cita?

—Sí, curiosón: una cita con mi guión. Quiero estudiar un rato. Mañana empieza el rodaje.

—Está bien. Si te pones en ese plan yo también tendré que estudiar... —y añadió malicioso—: Estudiar a la mujer de tu vida. ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana, Pat, recuerda que empezamos a rodar a las ocho de la mañana.

Comenzó el rodaje de «Flight Lieutenant». Glenn Ford empezaba a compenetrarse con el personaje que interpretaba y cifraba todas sus ilusiones en la película.

Había transcurrido una semana desde la conversación sostenida con Pat O'Brien acerca del matrimonio. Glenn estaba sentado, en un descanso del trabajo, charlando de pesca con el camarero. Glenn ponía en sus palabras pasión de verdadero pescador. O'Brien se acercó decidido hasta ellos y dijo a su amigo:

—Tengo lo que tú necesitabas. Ven el domingo a cenar a mi casa.

Y se alejó rápidamente.

Quedó unos momentos perplejo Ford, pero en seguida la voz del fotógrafo pescador le hizo reanudar la conversación anterior.

—Venga allí, Ford; hay unas truchas sabrosísimas.

—¿Eh? ¡Ah! Sí. Seguiré su consejo—contestó, todavía distraído.

—¿Quiere un consejo mío, Ford? No se case. Siga usted como hasta ahora: sus salidas con Evelyn Ankers, y con Patti, la secretaria de Dorothy Lamour; así es más divertido.

Glenn Ford sonrió y dijo confidencialmente:

—Eso creo yo, pero no hay forma de convencer a O'Brien de que yo estoy contento de mi soltería; no me deja vivir.

En la fiesta que había organizado su amigo O'Brien estaban reunidos cinco de los íntimos del actor. Glenn, cuando llegó les pasó revista con detención; ninguna de las muchachas tenían el menor interés para él.

—No se impaciente, hombre de las cavernas, su palomita todavía no ha llegado. Todo lo bueno se hace esperar—le dijo Pat O'Brien.

Eleanor Powell todavía se retrasó media hora. Luego apareció maravillosamente vestida con un traje blanco de raso, que hacía más esbelta su figura. Glenn la vio aparecer en el marco de la puerta del salón y se dirigió decidido hacia ella. Pat había tenido razón, Eleanor era la mujer que

él necesitaba. Estaba cambiada, sin embargo: había perdido alegría, aquel fuego que imponía a su danza; ahora su mirada era más triste. Tal vez estaba fatigada.

—¡Hola Ellie! Estás tan deliciosa como la noche que te conocí.

Después de la cena, en que Glenn estuvo continuamente pendiente de su blanca pareja, pusieron discos para animar la sobremesa.

—No sé si resultará muy torpe para bailar contigo, Ellie. ¿Vamos a intentarlo?

Y bailaron toda la noche, sin que ninguno de los dos sintiese la más mínima necesidad de cambiar de pareja. A él, como en la otra ocasión en que la encontró, le parecía mentira tenerla cerca, rozar con su barbilla el cabello de la bailarina; alguna vez, separaba a su pareja y la contemplaba complacido. El salón, de proporciones discretas, tapizado de un rojo granate, tenía una pequeña sala contigua separada por un arco esmaltado en blanco. En su interior varios cuadros de los franceses impresionistas y una columna blanca con un gran jarro de flores. La pareja bailaba en aquella pequeña salita, donde la música llegaba más tenuemente.

—Ellie, estaba escrito en el libro de la vida que tú y yo nos conociéramos. De no haber sido en Nueva York hubiera sido esta noche. No podemos separarnos, ¿no es cierto?—interrogó Glenn.

Ella no contestó, sonrió y fue hacia el salón. El la siguió.

—Me ha costado mucho volver a dar contigo—dijo Glenn—. Espero que ahora no me rehuyas.

—Claro que no, si no surge un nuevo impedimento con el que no sea posible luchar— contestó.

Al día siguiente Glenn fue a casa de Ellie. Ella era una muchacha seria que vivía con su madre. El encendió su pipa y pasaron la tarde escuchando discos. Fue una tarde agradable.

Comenzaron a salir con frecuencia. Hollywood ya lanzaba los primeros chismes acerca de la nueva pareja, que parecía tan compenetrada como si realmente aquel conocimiento de dos horas hubiera transcurrido en una eternidad.

—Ellie —dice él una mañana en que ha ido a recogerla a su casa para comer juntos—. ¿Sabes una cosa? Te encuentro cambiada. Cuando te conocí eras una persona segura de ti misma, alegre, sin preocupaciones; ahora, a medida que hablo contigo observo algo nuevo: como si estuvieras decepcionada por alguna cosa.

—¿Qué pretendes decir, Glenn? —pregunta ella, sentándose en el coche junto a él.

—Verás: pareces cansada, y una sombra apenas perceptible se ha quedado en tus ojos. Es tal vez melancolía, una reserva. ¿Tienes preocupaciones, Ellie? Quisiera que comprendieses que soy tu amigo sinceramente.

—Lo sé. Es bastante sencillo. Mi vida se reduce a ocho horas de ensayo diarias, esto no permite demasiada alegría en mis ojos, ni fiestas, ni locuras. Desde los quince años esta es mi vida: bailar.

—Entiendo. Precisamente en Nueva York vi en ti algo más que una bailarina, era tu energía, tu vitalidad. Yo soy un hombre serio y un tanto taciturno, y admiraba el contraste de tu carácter.

A medida que hablo contigo experimento la sensación de tener que protegerte y animarte. Tengo la esperanza de que en ti esto no es normal y de que pasará pronto, ¿no es así?

—Sí, Glenn; yo también creo que pasará.

Detuvo el coche frente a un modesto restaurante. Mientras esperaban el menú, Glenn dijo a su compañera:

—Ellie, ¿sabes montar a caballo?

—No. Tú en cambio lo haces muy bien. El otro día vi filmar una escena en que montabas. Debe ser estupendo, ¿verdad?

—Sí lo es, y creo que tú lo necesitas; levántate temprano y cabalgar una hora; te reconfortará. Voy a enseñarte a montar. ¿Quieres?

—¡Magnífico, Glenn!

El sonrió entusiasmado, por un momento los ojos de Ellie, al lanzar su exclamación, habían brillado con el fuego y la vitalidad de la noche de Nueva York, cuando interpretaba «Al Home Abroad».

Empezan las lecciones de equitación y su amistad se hace más firme. Es una discípula aplicada; Eleanor vuelve a ser poco a poco la mujer optimista y alegre de otros tiempos. Glenn sigue preocupado en su trabajo.

—Las cosas no salen como yo quiero, Ellie —le dice una mañana en que han salido a montar a caballo.

Están sentados sobre la hierba y los caballos beben agua en un riachuelo que pasa junto a ellos. La ciudad queda allá, en el fondo de la colina, envuelta en la niebla de la mañana.

—Debes ser paciente.

—Sí, Ellie, lo soy; pero es difícil, ¿sabes? Llevo hechas siete películas, y toda sellas sin que llegue el éxito.

—Pero tu contrato con la Columbia es por quince años, y en ese tiempo pueden suceder muchas cosas. Total, son siete películas en dos años. No puedes quejarte.

Sigue un silencio. Glenn está sumido en sus pensamientos. Los caballos mordisquean la hierba caprichosos.

—Ellie, ¿tú confías en mí como actor? —pregunta espontáneamente.

—Sí, Glenn, confío en tu arte y estoy segura de que pronto lo reconocerá Hollywood en pleno.

—Gracias, querida. Necesitaba oír decir a alguien que creía en mí. Hasta ahora mi trabajo no consiste más que en papeles secundarios, sin personalidad ni interés.

Los caballos parecían impacientes. Glenn se volvió hacia ellos.

—Regresemos, Ellie. Es ya un poco tarde y a las diez y media tenemos los dos trabajos.

Por el camino, iban callados. Eleanor tenía sin embargo algo que decir a su compañero.

—Glenn, ¿eres muy amigo de Claire Trevor?

—¿Por qué lo preguntas?

—Esta es la tercera película que interpretáis juntos: primero «Texas», después «El barco de la muerte», y ahora «Los desesperados»... —aclaró ella.

—Pues sí, somos amigos —contestó él sonriendo.

—¿Como tú y yo? —insistió ella.

—A ella no le enseño a montar a caballo, ni vamos juntos a la playa, ni voy a buscarla para

comer juntos. Por lo demás, sí, somos amigos como tú y yo. ¡Ah! Y con ella no pienso casarme y contigo sí.

Ellie rió satisfecha de la respuesta y puso el caballo al trote: Glenn tuvo que imitarla.

—¡No tan de prisa jovencita, no olvides que soy el profesor! —gritó divertido.

—No lo olvido; ya sé que eres mi profesor, un hombre serio y autoritario. Pero no me importa. Me gusta este hombre serio y autoritario, a veces taciturno y que tiene sonrisa de niño. Este hombre evoca en mí las cosas sabrosas y sanas: las manzanas rojas, los caballos firmes, la cerveza fresca en un albergue de montaña y la lectura de una novela junto al fuego... —explicó ella con voz tranquila.

El hombre serio y taciturno se detuvo y obligó a ella a hacer lo mismo. Las cabezas de los caballos estaban muy juntas. Glenn se inclinó hacia ella.

—Ellie —comenzó con seriedad—, yo no soy rico. Mi padre ha muerto hace dos años y debo mantener a mi madre. Tú tienes un buen contrato. Por ahora no puedo ni hablarte de matrimonio, pero quisiera que tuvieras paciencia, querida. Entre los dos todo puede resultar maravilloso.

—Sí, así lo espero. Sabes que estoy enamorada de ti, Glenn.

De nuevo reemprendieron la marcha. El sol hacía más clara la ciudad por momentos. Hollywood, a medida que avanzaba la pareja, semejava unos Estudios gigantes envueltos en una sola cámara.

* * *

El 13 de diciembre de 1942, Glenn fue movilizado y dejó el cine para vestir el uniforme de la marina norteamericana. Ellie, su novia, quedaba sonriente y al avanzar el barco mar adentro Glenn contemplaba su esbelta figura que disminuía por instantes.

La guerra no era un juego de unos cuantos días; el cine podía esperar, pero la ausencia de Ellie había momentos en que se le hacía insoportable; decidió casarse en el primer permiso. Y así lo hizo. Fue el 23 de octubre de 1943, en Beverly Hills. Pat O'Brien fue el primero en felicitar a los recién casados.

—Os felicito, amigos míos; era cuanto deseaba — les dijo.

—Ha sido una pena hacerte esperar tanto, Pat. Nuestro deseo también era casarnos hace tiempo, ¿verdad, Ellie? Pero la Marina no comprende el amor.

—Ha sido una ceremonia emocionante — dijo un médico amigo íntimo de Ford.

—Una ceremonia de guerra — explicó otro de los íntimos, abogado y buen jugador de poker—. Con todo lo que esto significa de dramático y sentimental.

Al finalizar el permiso se trasladaron los dos a San Diego, en donde Glenn estaba acuartelado. Allí vivieron dieciocho meses. Era una casa pequeña y simpática. Ellie tenía tiempo para abandonar el aspirador y ensayar algunos pasos de claqué; más tarde tiene que dejar el baile, el pequeño

Peter Newton Ford se anuncia, y Ellie no piensa ya más que en biberones mientras su marido lee diversos libros sobre psicología infantil. El cinco de febrero de 1945, él es desmovilizado. Poco después nace Peter.

Regresan a Hollywood; Eleanor Powell ha soltado sus zapatillas de baile y Glenn piensa en su vuelta a los Estudios en busca de trabajo.

—Ahora tenemos un hijo, Ellie. Las cosas han cambiado. Yo no puedo ir a los Estudios con la conformidad de antes. Tengo que ambicionar la gloria por ti y por él. Quiero para nuestro hijo la seguridad, una cuenta en el banco y una casa propia en la que pueda jugar, montar a caballo y hacerse fuerte.

Empieza a trabajar, viene transformado, dispuesto a darse por entero en cada uno de los planos que filme.

—Harás el debut con una bonita pelirroja — le dice el productor de los Estudios.

—¿La conozco? — pregunta interrogador.

—No creo. Se llama Rita Hayworth. Tu papel es el de un hombre duro. Echa mano de esa célebre autoridad viril de que se habla, de tu presencia de ánimo y de tu seguridad. Un hombre seductor que pueda retener a una mujer como Rita — terminó el productor, indicando con la vista a la pelirroja que se acerca sonriente para conocer a su nuevo compañero de trabajo.

—Hasta tendrás que darme una bofetada — dijo ella, sonriendo con picardía mientras le tendía su mano —. Procura dármele bien a la primera.

—Mis perdones por adelantado —contestó él, saludando amable a Rita.

«Gilda» hizo famosos a Glenn Ford y a Rita Hayworth. Fue el primer gran éxito del actor. De la película se habló en el mundo entero. En Hollywood se hicieron mil comentarios distintos sobre ella: «La Hayworth ha hecho un actor de primera fila de Ford» —decían unos.

—Es la bofetada de él que ha dado la fama a Rita... —replicaban otros.

* * *

A partir de este momento todo fue fácil para Glenn Ford. Estaba situado entre los primeros por la crítica norteamericana; los cazadores de autógrafos se lanzaron sobre él; la propia Bette Davis le solicitó para que interpretara a su lado «Una vida robada». Seguidamente «Paula», con Janis Carter; «El hombre de mis amores», con Evelyn Keyes; «El hombre del Colorado», con Ellen Drew; «Tío Willie», con Terry Moore, y otra vez la pareja, famosa por la publicidad mundial, la pareja de «Gilda». Glenn interpreta «Los amores de Carmen», con Rita Hayworth. Aquel hombre serio que llegara años atrás con un pobrísimo bagaje de pequeños teatros, ante el que exclamó burlón un productor: «Usted no es guapo, muchacho», había llegado a la cumbre y, en 1946, era escogido por las jovencitas fanáticas norteamericanas como «el hombre del año».

Continúa siendo el actor duro de films de aventuras: el hombre tranquilo que puede herir imperturbable; el hombre de calma aparente que se

transforma de pronto, bruscamente, en un seductor de reacciones secas, en ocasiones brutales, ante las que las mujeres se rinden enamoradas. Son aquellas películas famosas: «Relato criminal», con Nina Foch; «La montaña trágica», junto a la actriz italiana Alida Valli; «Drama en presidio», con Dorothy Malone; «El guantelete verde», con Geraldine Brooks; y, nuevamente junto a Rita Hayworth, en «La dama de Trinidad».

Glenn Ford se ha hecho más actor, pero continúa siendo el mismo hombre que no vive más que para su hogar feliz; un hogar espacioso en que le esperan siempre, al regresar de su trabajo, Ellie y el pequeño Peter. Su trabajo infatigable le retiene, sin embargo, muy a menudo, alejado del hogar, filmando exteriores fuera de Hollywood, en Europa o en Sudamérica, o perdido entre los focos que dan claridad de mediodía a escenas filmadas a las dos de la madrugada. Una mañana, Glenn llega a su casa barbudo, cansado; viene de filmar exteriores al aire libre; en el jardín, Peter juega al borde de la piscina imprimiendo aire a unos barquitos de vela que no quieren navegar; Ellie juega con el niño y trata de ayudarle en la difícil tarea emprendida. Glenn contempla complacido la escena unos instantes y luego se arrodilla para soplar con fuerza a los juguetes consiguiendo ponerlos en movimiento. El niño contempla admirado sin reconocer en aquel hombre fatigado y sin afeitar a su padre; instintivamente se refugia en su madre y está a punto de llorar. El matrimonio se mira en silencio.

—Querido, no puedes disimular que has sido

sargento de la Marina — comenta ella para salvar la situación, con un ligero temblor en la voz.

—¿Eres tú, papá? — pregunta todavía el niño, mientras es recogido en los brazos fuertes del padre.

—Sí, soy yo, y dentro de diez minutos vendré a enseñarte a nadar. ¿De acuerdo?

—¡Muy bien, papá! Anda ve a ponerte el traje de baño y ven en seguida; he hecho grandes progresos en el cowl, ¿sabes? — dice, secando sus ojos con las manitas redondas.

La situación ha sido superada, pero Ellie y su esposo no consiguen olvidar la escena. Por la noche, cuando bajan de dar las buenas noches al pequeño, se sientan en la sala de estar. Por unos momentos permanecen callados. Glenn mira los cuadros de la habitación; son cuadros colocados en dos hileras que representan escenas de caballos en distintos movimientos y saltos. Saben que sostendrán una larga conversación y temen el principio; finalmente él se decide:

—Ellie, nuestras ilusiones de ganar dinero para Peter no van bien orientadas. ¿A qué viene ganar tanto dinero si llego a casa y mi propio hijo no me reconoce y le doy miedo?

—Querido, ha sido inevitable; Peter es muy niño y tú estás demasiado tiempo trabajando lejos de nosotros.

—No hay amor que resista a la ausencia, ¿no es eso? — pregunta él de mal humor.

—Debes comprenderlo, es un niño. Para nosotros la ausencia la llena un vivo deseo de estar juntos de nuevo. ¿Recuerdas la primera vez que nos separamos cuando te movilizaron? — pregunta

ella después de una pausa, y prosigue —. Tus cartas eran entonces mejor que tus palabras y me confirmaron la sinceridad de tu cariño; desde entonces no he dudado de su existencia, pero a veces, en las interminables horas en que nos quedamos sin ti Peter y yo, pienso y la separación me pesa y sufro por ella. Sinceramente he pensado hasta en volver a bailar para poder estar cerca de ti y llenar estas horas infinitas de soledad.

—A mí también me sucede así, Ellie; sabes que para mí no hay otras ilusiones que las de nuestra casa: tú y Peter. No tengo amigos en Hollywood, a excepción de Pat, dos abogados y un médico con los que acostumbro a jugar alguna partida de poker. Me gusta conocer gente y conversar con los compañeros, pero no trato de sacar partido de esos conocimientos. Tú sabes mejor que nadie lo poco aficionado que soy a llevarte a Mocambo, Ciro o cualquier otro recinto a los que va la gente para que les vean. Sueño siempre con llegar a casa y descansar contigo y con nuestro hijo. Vosotros sois mi mundo — terminó, acariciando a su esposa.

—Nosotros, las colecciones de discos, de pipas, de sellos, de lámparas... y de una serie de objetos y cosas, ¿no es así? — trató de bromear ella —. Sin olvidar que tu deporte favorito es el cultivo de tomates.

—Bromeas, y sin embargo en tus palabras anteriores había un dejo de amargura, hasta me parece ver unas lágrimas indiscretas — dice él, pasando sus dedos cariñosamente por las mejillas de su esposa —. Tendremos que tomar una determinación, no quisiera que buscases un consuelo en el

baile, querida, tendría celos hasta de la música.

—¿Es cierto que tendrás que ir al Brasil? — pregunta ella —. Lo he leído en los periódicos.

—Es cierto, Ellie. Pero vendréis vosotros dos conmigo; iremos toda la familia, esto no puede continuar así, ni por vosotros ni por mí. Estoy cansado que se me atribuyan flirteos con Rita que no son ciertos; pero hay que callar porque la publicidad de «La Dama de Trinidad» así lo ordena; y también estoy cansado de renunciar a las caricias de mi mujer y de mi hijo doscientos setenta días al año; los tengo bien contados.

—Peter se sorprenderá cuando se dé cuenta de que no eres un cow-boy de verdad; desde el día que te vio llegar a casa vestido de esa manera, durante tu rodaje de «Americano», está plenamente convencido de que eres un hombre de las praderas.

—Tendrá que aceptar nuevas ideas en su pequeño mundo.

Ellie se acercó a su marido; los ojos de ella todavía aparecían húmedos.

—Querido, no quiero que vuelva a comentarse un divorcio entre nosotros.

El besó su frente y habló de nuevo con seriedad:

—Ellie, las razones de nuestra unión son demasiado profundas para no sobrevivir a una crisis pasajera que acabamos de clausurar. Buscaremos un entretenimiento para ti y de hoy en adelante os llevaré conmigo a donde quiera que me envíen a filmar.

* * *

Ahora Eleanor Powell es la estrella de una emisión televisada que se efectúa cada semana y agrupa a su alrededor a veinticinco chiquillos, a los que habla de Dios con cuentos sencillos que llegan a todos los hogares de Norteamérica. Mientras, Glenn sigue su trabajo en el Estudio: ha firmado un nuevo contrato, esta vez con la Metro, para doce películas. Pero Glenn Ford está cansado de que los periódicos le nombren como «el actor que más mujeres ha abofeteado ante la cámara». Al filmar el contrato, en 1954, expone sus pretensiones de cambiar de personaje. Y a imitación de su esposa filma «Blacboard Jungle» en la que representa un joven profesor que lucha con todas sus fuerzas contra la delincuencia juvenil, el problema más angustioso de la actualidad norteamericana.

Mirando a su esposa mientras acaricia tiernamente a Peter, dice confiado:

—He puesto en esta película mi corazón, porque tú me has enseñado a conocer a esos pequeños con los que dialogas, y porque tengo un hijo.

En la época de los apuros económicos, que tantos grandes actores han atravesado antes de serlo, Glenn Ford comentaba con un amigo:

—Me está resultando muy duro el dejar de fumar. Los primeros días son terribles.

—¿Y por qué lo dejaste? ¿Te perjudica el tabaco?

—A mí no. Pero el médico se lo ha prohibido a mi amigo William. ¡Y nos hemos quedado sin tabaco!

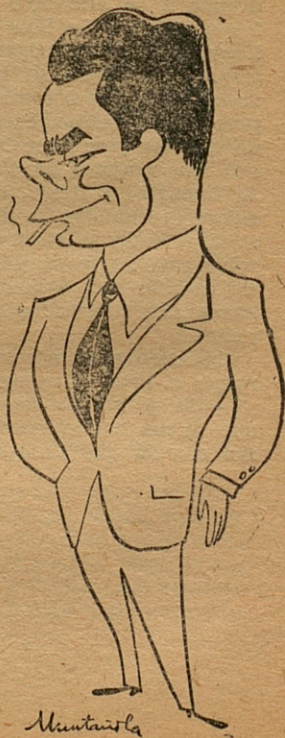
Glenn Ford tuvo que trabajar, en su juventud, como camarero de un restaurante. Un día entró en el establecimiento un cliente que pidió:

—Traígame una ración de ostras. Pero que no sean muy grandes ni muy chicas, ni muy jóvenes ni muy viejas, ni demasiado frías ni demasiado calientes... ¡Y no tarde más de cinco minutos en traérmelas!

Glenn, que estaba ya cansado de aquel empleo, replicó:

—Está bien, señor. ¿Las quiere usted con perlas o sin ellas?

Así es GLENN FORD



INGRID BERGMAN.—La actriz sueca que triunfó en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, debiendo renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá pero no la quiero».



RAF VALLONE — Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo; en la actualidad, puede considerarse como uno de los actores más cultos y completos.

án a la venta!

TITULOS EN PRENSA



BURT LANCASTER

Fue acróbata de circo hasta que un accidente le dejó inútil para esta profesión. Durante la guerra hizo teatro para los soldados de los frentes europeos. Últimamente, ha logrado el sueño de su vida: producir e interpretar una película en la que encarna a un trapecista de circo, reviviendo así sus años juveniles.

JANE WYMAN

La estrella que hemos admirado en papeles tan dramáticos como los interpretados en «Belinda» y «Obsesión», comenzó su carrera artística cantando y bailando en un escenario. El cambio de estilo le resultó innegablemente favorable, puesto que su labor en la película «Belinda» fue premiada con el codiciado Oscar.



JEFF CHANDLER

Siendo niño prometió a su amiguita Susan Hayward que ambos llegarían a ser grandes estrellas de la pantalla. La promesa se ha cumplido. Pero no ha acudido a la cita la felicidad que esperaban encontrar en la cumbre de la fama. Con el hogar destrozado, Jeff busca a la mujer de su vida, oscilando entre Susan Hayward y Gloria de Haven.

BETTY GRABLE

Los padres de Betty no estuvieron de acuerdo sobre el camino que debía seguir la muchacha. El quería que fuese una tranquila ama de casa, ella, convertirla en célebre bailarina. Hollywood fue el juez que puso fin a la discusión. Un primer fracaso amoroso—que terminó en divorcio—dio a Betty una marcada desconfianza hacia todos los hombres.

